



COMO FUÉ ACOGIDO

EN ESPAÑA

## EL PENSAMIENTO DE COLÓN

I

CUANDO se trata de investigar todo lo que se refiere al descubrimiento de América, y con tan suma prolijidad los accidentes de la vida de Colón, sus menores actos, sus cualidades morales, inquiriendo sus faltas y errores, y aun poniendo en duda si le corresponde la gloria de haber descubierto el nuevo continente; no es ociosa tarea el estudio de cuanto se refiere al hoy tan discutido personaje, si bien no sea la ocasión más oportuna para sacar á plaza cuanto pudiera existir en su desprestigio. Muy propicias á la indulgencia han debido ser las gentes de los siglos posteriores á aquel gran acontecimiento, cuando no han exigido todas las virtudes al que consideraban como genio y cumplidor de providenciales designios. ¿Habremos de ser más severos con quien, aun no perdonándole la menor de sus faltas, logró lo que ningún otro, sea por su ciencia, su genio ó la casualidad si se quiere, ensanchando los límites del mundo conocido? Pero como los que tratan de depurar la verdad, cuidadosos de los fueros de la Historia, van guiados por un espíritu patriótico muy plausible, cual es combatir el falso supuesto sostenido por algunos escritores, de que nuestra nación correspondió con indigna ingratitud á los servicios del que llegó á ser Gran Almirante del mar Océano,

no merecen las censuras de los que en absoluto conceden á tan ilustre personaje una existencia inmaculada é indiscutible.

Los injustos asertos no han prevalecido sobre la verdad. Los malos tiempos de la vida de Colón en que llegó á verse aherrojado, no pueden ser motivo de acusación para el Estado que le proporcionó cuantos medios eran necesarios al logro de sus designios; no fué contrariado en sus propósitos porque se le tuviera por visionario, ni por ignorancia se desconfió del éxito de sus planes; ni hubo dudas y olvido para con él, ni son ciertas las privaciones y escaseces á que, según se afirma, le condenó nuestra patria en su ancianidad. A su venida á España halló protección y benévola acogida, y después del descubrimiento no se amargó su existencia, reduciéndole á mísera condición. Repuesto fué en sus cargos, pasado aquel triste episodio, cuya responsabilidad sólo debe ser del que en él intervino por la autoridad que ejercía, y cuyo suceso es aún motivo de diversos pareceres y apreciaciones. Para resolver este y otros puntos de la historia del célebre Almirante, sería necesario tener en cuenta las exigencias de su situación, los tiempos en que vivía, las pretensiones de los que le rodeaban, y las ambiciones de algunos, tan aptos para esas luchas de la vida que por ley eterna mueven á las pasiones más perturbadoras, de fácil hospedaje en almas mal avenidas con el engrandecimiento de los demás y las ajenas glorias.

El ilustre historiador D. Martín Fernández de Navarrete, á quien no se negará autoridad superior en cuanto se refiere al asunto de que tratamos, dice muy discretamente que la historia de los primeros descubridores del Nuevo Mundo debe escribirse según el testimonio de autores coetáneos y fidedignos, «pero examinándolos antes con juiciosa crítica y prudente discernimiento, cotejando sus narraciones y resultados para acrisolar más y más la verdad histórica, porque no todos los hombres ven las cosas del mismo modo, ni las juzgan por las mismas reglas. D. Hernando de Colón, añade, censura á Oviedo; el mismo D. Hernando es criticado severamente por Casas; á éste tampoco le han faltado sus censores y apologistas: unos escriben con precipitación y ligereza, otros con excesivo candor y credulidad; algunos con una reserva artificiosa indican lo mismo que quieren callar; y varios, llevados de una exaltación maniática, reprenden cuanto se opone á su sistema ó modo de pensar».

De tal modo se expresaba tan eximio escritor en su *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, obra impresa en el año 1825. No es, pues, de extrañar que hoy se reproduzca tal diversidad de opiniones y den éstas lugar á los mismos encontrados juicios á que aquél se refiere, y que según se siga á unos ó á otros de los aludidos historiadores de los sucesos de las Indias Occidentales, se susciten nuevas dudas sobre la parte de alabanza ó vituperio que á cada uno toca, conforme fueron entonces juzgados por quienes aún no se hallaban exentos de prevención ó parcialidad.

Los estudios que conducen á apreciar con exactitud los hechos históricos son dignos del mayor aplauso. La calumnia se destruye con la verdad. Con la verdad se han

podido hacer vanas las ofensivas acusaciones de aquellos críticos extranjeros que han tratado de amenguar la gloria que á nuestra nación le cabe en el descubrimiento del continente americano, porque los hechos supuestos no subsisten ante la pura y clara luz de aquella deidad inmaculada.

## II

No es necesario, á nuestro juicio, aducir más pruebas para calificar de injusticias las apreciaciones hechas por algunos historiadores sobre la ingratitud de España con el descubridor de las Indias, que las que ha tiempo vienen oponiéndose á sus á veces calumniosas aseveraciones. Siempre es digna tarea y son de aplaudir los que la prosiguen.

A la verdad que es uno de los puntos en que más injustos se han mostrado con nuestra nación los escritores de otros países que rechazaron las ofertas del que tuvieron por iluso, el que se refiere á las dilaciones que sufrió la demanda de Colón en la corte de Castilla, sometido según los mismos, á indefinidos aplazamientos. Envuélvase en estas censuras, atrevidas acusaciones sobre la ignorancia que suponen dominaba á los llamados á decidir científicamente el proyecto del navegante extranjero, é intencionada omisión de los favorecedores del mismo, cuya diligencia en allanarle todo obstáculo, pudiera refluir en gloria de los mismos y de nuestra patria por consiguiente. Más ofensivas para ésta consideramos tales calumniosos supuestos que el de la ingratitud para el que dió á España el dominio de tierras desconocidas, al referirse al rigor con que fué tratado más tarde, como gobernante de las mismas, por la autoridad de un hombre que pudo ser más ó menos arbitrario en sus resoluciones, debiendo en todo caso, repetimos, recaer sobre él y no sobre nuestra nación, la responsabilidad de sus actos, no confirmados después por los Reyes de Castilla. No comprendemos pudiera suceder que el hombre que llegó el primero á las costas del mundo desconocido, retornara de las mismas, arrastrando la cadena del delincuente por muchos que fueran sus desaciertos, aun considerados como tales, no ya en su época y en el conquistado país donde se hallaba, donde acaso tuvo fatalmente que incurrir en ellos, sino cuando pasados siglos se establecen comparaciones y se le juzga como á gobernante de los tiempos modernos, rigiendo pacíficas y cultas comarcas. Hállase, además, en la vida de los hombres públicos, sujetos á las vicisitudes de la fortuna ó las veleidades del más poderoso, semejantes cambios y reveses, emanados por lo común de las ambiciones que promueven las honras y posición adquiridas. ¡Cuántos insignes varones, teniendo sólo por causa el valimiento ó las grandezas que les dió la suerte, se han visto sujetos á iguales contrariedades, sin que por eso les cupiese mancha de deshonor y menos á la nación en que ejercían su poder é influencia!

Tan ofensiva como inexacta es, sí, la apreciación de Bossi sobre el proceder de España con el marino de Génova, al consignar la falta de auxilio y protección con que tuvo éste que luchar hasta obtener los medios necesarios á su empresa y conse-

guir el descubrimiento de un mundo desconocido; gloria que por su propia autoridad asegura el traductor francés de la obra del mencionado autor, *pertenece enteramente á Italia*. No es menos absurda la acusación hecha por el mismo á España, por la ingratitud con que dice pagó al célebre descubridor la posesión de aquellos extensos territorios que había agregado á su corona. Tan falso aserto, sostenido por algunos, sólo puede hallar eco en los que por completo desconocen la historia del descubrimiento de las Indias.

Colón llegó á nuestra patria mendigando el sustento, y viéndose en el triste caso de tener que satisfacer las apremiantes necesidades de la vida con el pan de la Rábida, sin tener en país desconocido, amigos ni valedores, y precisado, á tanto llegó la escasez de sus recursos, á tener que dedicarse á trazar cartas de marear que vendía á los navegantes, para adquirir medios de subsistencia, hasta que le dió hospedaje en su morada el Duque de Medina Sidonia.

Dado lo inusitado del pensamiento de Colón y los elementos precisos para realizarlo ¿qué mucho que en un principio encontrara dificultades muy justificadas en sus pretensiones? ¿Cuál era la situación de la corte de Castilla cuando el tenido hasta entonces por aventurero y desdeñado en Venecia, Génova, Portugal, Inglaterra y Francia, llegaba ante los Reyes Católicos con las ofertas de un nuevo mundo? Llevábase entonces á cabo la reconquista de nuestro suelo y la guerra consumía los recursos del Tesoro de la nación; circunstancias desfavorables para atender á la realización de una empresa de carácter tan extraordinario. Aun así y todo, no fué tan general en nuestra patria el concepto de soñador ó perturbado en que otros países le tuvieron, ni se consideró su empeño temerario; no siendo la leyenda colombina en este punto muy exacta en su poética tendencia á rodear al mismo de la aureola del sufrimiento.

Cierto es que Colón experimentó contrariedades en la marcha de sus gestiones, lo cual no es de extrañar tratándose de un asunto de tal magnitud. Además, algunos de los obstáculos que hubieron de presentársele, los suscitaron sus mismas exigencias, que por fundadas que fueran, no pecaban de modestas entonces. A pesar de todo, gran decisión en favorecerle hubo de existir en el ánimo tanto de los Reyes de Castilla como en los que se declararon sus protectores, cuando consintiendo en acceder á las granjerías impuestas como condición necesaria, se decidió por fin llevar á ejecución la arriesgada expedición por mares desconocidos, en demanda de un mundo.

Es innegable que á tal resultado contribuyeron eficazmente los favorecedores que el resuelto marino había tenido la suerte de hallar en el humilde retiro de la Rábida y en las cámaras del palacio de los Reyes de Castilla. Los religiosos del santo monasterio diéronle albergue y sustento, porque de todo amparo carecía, y además aprovechando su influencia en la corte, Fray Juan Pérez pudo obtener de la Soberana, prelados y próceres, benévola acogida para el mismo por la autoridad que su recomendación le daba, así como á su peregrino proyecto, tan difícil de ser admitido por la credulidad de los más.

La influencia de los monjes de la Rábida en la marcha y acogida de las ofertas de Colón, fué poderosísimo medio para darles impulso, y las cartas que aquel docto franciscano dió á su ilustre huésped le abrieron el camino que había de conducirle á la realización de sus esperanzas. No falta quien asegure que también el experto marino Martín Alonso Pinzón, escribió por su parte á los que podían contribuir al mismo objeto, y aun á los mismos Monarcas.

Colón, pues, tuvo decididos protectores en vez de incrédulos y desdeñosos, como algunos han supuesto al colocar en su frente la corona del martirio que no sufrió, porque los obstáculos y contrariedades que experimenta todo empeño y más los de índole tan excepcional, suelen por lo común ser inherentes á los mismos.

Marchena y Deza, varones de no vulgares conocimientos; el noble asturiano Quintanilla, contador de los Reyes; Tendilla y Medinaceli, de ilustre prosapia y grandes por sus hechos; el influyente y respetado cardenal D. Pedro González de Mendoza, el secretario de la Reina Juan Gricio, el Dr. Chanca, el favorito de Don Fernando Juan Cabero, el sacerdote Martín Sánchez, Juan Rodríguez Cabezudo, el cartujo Fray Gaspar Gorricio, Gabriel Sánchez, tesorero de Doña Isabel; Luis de Satangel, nacido en Aragón; Geraldini y las damas doña Juana de la Torre, aya del Príncipe, y la Marquesa de Moya doña Beatriz de Bobadilla, tan adicta á sus Reyes; todos y alguno más tal vez, ayudaron los propósitos del célebre descubridor, interponiendo su valimiento é influencia para dominar los obstáculos naturales que se oponían á la más breve decisión para realizarlos. Citado es también por algún historiador como protector asimismo del navegante genovés, el mercader florentino, avecindado en Sevilla, Juanoto Berardi, quien se conjetura puso en relación al futuro Almirante con los Duques de Medinaceli y Medina Sidonia.

Entre los anteriormente nombrados, merece ser distinguido, por señalarse entre aquellos á quienes sobra ilustración y estudios para apreciar los fundamentos de las esperanzas de Colón, un alto personaje que alcanzó los reinados de Enrique IV y los Reyes Católicos y cooperó muy eficazmente al cumplimiento de lo que entonces debió tomarse por soñada maravilla. Fué este docto varón, de afamado concepto y notables prendas de valor é inteligencia, el ya mencionado Alonso de Quintanilla, contador mayor de la Real Hacienda en tiempo de Don Fernando y Doña Isabel, quienes además le dieron el título del *de su Consejo*.

Como este palaciego ilustre es acaso de los favorecedores de Colón el que más elogios ha merecido de los historiadores de éste, por la eficaz y decidida protección que al mismo dispensó, hemos de recordar de qué manera se estimaron su diligencia y constancia hasta conseguir sus propósitos; no haciéndolo asimismo con los demás antes nombrados, por no dar extremada extensión á estos apuntes.

Francisco L. de Gomara, Garibay en su *Compendio historial de España*, Antonio de Herrera en la *Descripción de las Indias Occidentales*, el P. Carballo en sus *Antigüedades de Asturias*, el Conde de Campomanes, Fray Pedro Sisua en las *Conquistas de Tierra Firme*, Gil González en su *Teatro eclesiástico de la Santa Iglesia de Ovie-*

do, D. José Manuel Téllez en su *Historia cronológica y genealogía de la nobleza de España*, Esteban Gaspar Robertson en su *Historia de América*, y otros varios, cuantos á las pretensiones de Colón en la corte de España se han referido, citan á Quintanilla como el que más poderoso auxilio prestó á los anhelos del profeta de un desconocido continente y de los más dignos de que su nombre sea conservado en la Historia para asociarlo al reconocimiento del mundo.

«Si Alonso de Quintanilla hubiese despreciado á Colón, dice Campomanes, no se hubieran acaso descubierto las Indias.»—«En quien halló más acogimiento fué en Alonso de Quintanilla, hombre prudente que tenía gusto en cosas grandes y por ser persona de estimación le daba de comer, porque de otra manera no se pudiera entretener tanto tiempo en tan larga demanda.» Así se expresa Antonio de Herrera, y Francisco L. de Gomara, lo hace en los términos siguientes:

«Habló (refiriéndose á Colón) con los que decían privar y valer con los Reyes en los negocios; mas como era extranjero y andaba pobremente vestido, y sin otro mayor crédito que el de un fraile menor, ni le creían, ni aun le escuchaban, de lo cual sentía él gran tormento en la imaginación. Solamente Alonso de Quintanilla, contador mayor, le daba de comer en su despensa y le oía de buena gana las cosas que prometía de tierras nunca vistas.»

Por último, dice Garibay: «Si Alonso de Quintanilla no le hubiera acogido en su posada y ayudádole en la corte se viera en desesperación. Dios que no permitía que tanto servicio suyo se ocultase más, ordenó que por medio de Alonso de Quintanilla, alcanzado cabida con el Cardenal, comenzaran á oír y escuchar los Reyes y dar alguna esperanza que acabada la guerra de Granada se daría orden en su demanda.»

Así, pues, Quintanilla, á quien llama Nebrija *vir nobilis, acer et vehemens*, secundado en más de una ocasión por la Marquesa de Moya tan influyente con la Reina, fué de los que más contribuyeron al logro de tan magna empresa, y débesele, por lo tanto, lugar preferente entre los que concurrieron á franquear la senda que conducía al continente americano.

Es tan evidente el favor y protección que obtuvo el marino genovés de las indicadas personas, que difícil sería deslindar quiénes fueron los que más se afanaron en emplear su valimiento ó su influencia en pro de su demanda.

En una de las más interesantes conferencias dadas en el Ateneo de Madrid, el erudito historiador de las glorias catalanas D. Víctor Balaguer, reclama una parte muy principal de la gloria que pudo caber á los auxiliares y favorecedores de Colón en sus pretensiones en la corte de los Reyes Católicos, para el contador Luis de Satanigel, privado del Rey D. Fernando, hijo de Aragón y sujeto de recomendables prendas. Indudable fué, en efecto, la protección que este leal servidor de aquel Monarca dispensó al ilustre pretendiente, y fué uno de los más decididos sostenedores de su proyecto. Acreedores son por lo tanto así castellanos como aragoneses á la gratitud de la posteridad.

Descuella también entre las figuras históricas, á quienes da hermoso brillo, el fa-

vor dispensado á tan alto empeño, D. Luis de la Cerda, Duque de Medinaceli, quien en su carta dirigida al gran Cardenal de España, D. Pedro González de Mendoza, refiriéndose á la Reina dice: «Su alteza lo recibió (á Colón), le dió encargo á Alonso de Quintanilla, el cual me escribió de su parte, que no tenía este negocio por muy cierto; pero que si se acertase, que S. A. me haría merced y daría para ello, y después de haberlo bien examinado, acordó de enviarle á buscar las Indias.» En la misma carta se consigna la protección que recibió de su ilustre firmante el célebre descubridor. «Yo no sé si sabrá vuestra señoría, como yo tuve en mi casa á Cristóbal Colón que se venía de Portugal y se quería ir al rey de Francia para que emprendiese de ir á buscar las Indias con su favor y ayuda.»

No es de extrañar la incertidumbre que se manifiesta existía en la Reina, por el éxito de tan aventurada expedición, y es aun más de admirar que aun con tales dudas, favoreciese al decidido navegante, venciendo tal vez las fundadas resistencias de su esposo, ante los riesgos de un fracaso, movida por su fe profunda y sus varoniles ánimos que la habían conducido á los muros de Granada, donde extinguió para siempre el imperio de la media luna sobre tierra española.

«Me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable, á que era hacedero navegar de aquí á las Indias, y me abrió la voluntad para la ejecución dello; y con este fuego vine á V. A. Todos aquellos que supieron de mi empresa, con risa la negaron burlando: todas las ciencias de que dije arriba, non me aprovecharon, ni las autoridades dellas; en solo V. A. quedó la fe y la constancia; ¿quién dudará no fué del Espíritu Santo?» Refiérense estas palabras á aquellos soberanos de quienes tan inútilmente pretendió ayuda y protección para su empeño, y no en modo alguno á las gentes no vulgares de nuestra nación, donde halló tan nobles auxiliares en las personas antes nombradas, á quienes tanta gratitud debía.

No dejaremos de hacer especial mención entre las mismas, de otro digno protector del marino extranjero á quien éste manifestó tan justo agradecimiento; de Fray Diego de Deza, maestro del Príncipe D. Juan, quien también le hospedó durante su permanencia en la corte, y del cual dice él mismo, que desde que vino á Castilla, le había favorecido y deseado su honra y que él fué causa que S. A. tuviese las Indias.

No debemos omitir tratándose de los que patrocinaron á Colón en sus designios, los nombres ilustres de Jiménez de Cisneros y el Cardenal Mendoza. Estos altos prelados consiguieron con Quintanilla, Cabero y doña Beatriz de Bobadilla, allanar los últimos obstáculos que se oponían á su realización. Los esfuerzos de tan valiosas influencias en favor de la idea de Colón, destruyen por completo la oposición sistemática que suponen tuvo éste en la corte de Castilla, sin duda para hacer mayores, los que tal han sostenido, los sufrimientos del genio ante la indiferencia ó la ignorancia de los que afirman no supieron comprenderle.

Ya acordada la expedición á mares desconocidos, podríamos añadir otros nombres: los de aquellos que como Martín Alonso Pinzón coadyuvaron eficazmente al cumplimiento de sus deseos, aportándole recursos, gente y buena voluntad para llevar á

cabo una empresa tan nueva y excepcional por sus fines. Tampoco parece fuera de ocasión, citar el de Juan de la Cosa entre los auxiliares de Colón, el maestro de la nave *Santa María*, á quien se debe haber trazado el mapa que se conserva como importantísimo documento histórico, en el Museo Naval de Madrid.

Así, pues, «le volaron sus palabras (tales son las de Colón) á que no fué acogido, mas antes, facian burla de su razón», no podían en manera alguna referirse á la acogida que tuvo su pensamiento en nuestra patria, sino á alguna de aquellas donde fué tenido en efecto, por visionario; y de ser á España, ciertamente que sólo respondían á los pareceres de gente vulgar é ignorante que en todo lugar abunda, lo cual no debía influir en la marcha de sus gestiones.

«Quienes extreman las resistencias encontradas por el descubridor en los españoles durante sus pretensiones presentadas con tanta importunidad, observa nuestro eminente orador Castelar, refiriéndose al mismo asunto que tratamos, cuando el embargo de todos los ánimos por la guerra con el moro, podrán decirnos dónde hubiera encontrado Colón, dónde, ni en la corte vaticana, ni en la democracia florentina, ni en la señoría genovesa, tal número de poderosos magnates y sabios eclesiásticos á su devoción y favor.»

### III

Una de las ocasiones en que Colón halló, no los inconvenientes y contrariedades que se han supuesto, sino también favorable acogida y apoyo á sus pretensiones, fué cuando recibió afectuoso hospedaje de los monjes dominicos de San Esteban, en la ciudad de Salamanca. No se limitó la generosidad de éstos á darle albergue en su santo retiro, sino que abonaron el gasto de sus jornadas. En tan histórico pueblo, centro entonces del saber, conoció Colón al citado P. Deza, uno de sus más decididos valedores. El favor, las distinciones y el apoyo que encontró en nuestra nación, quien tan inútilmente había recorrido otras cortes, viendo rechazadas sus ofertas, se evidencian de un modo incontrovertible en las palabras de D. Martín Fernández de Navarrete á quien se deben las siguientes noticias.

Después de enumerar las contrariedades que sufrió Colón, consigna como por mandato del Obispo de Palencia y en varias ocasiones, se libraron en su favor cantidades para atender á sus gastos, y por Real Cédula de 12 de Mayo de 1483 se dispuso que cuando transitase por cualesquiera ciudades, villas y lugares se le aposentase bien y gratis, pagando sólo los mantenimientos á los precios corrientes, y como los Reyes quisieron tener á su lado, y lo hicieron, en los sitios de Málaga y Granada... «Esto se prueba por los documentos que publicamos, añade aquel docto escritor, y por los mismos se hace patente que no hubo dolo, engaño, ni entretenimientos pérfidos con Colón, pues sabía bien que los Reyes no entrarían á realizar su proyecto hasta dejar á sus reinos y á la Europa libre de la dominación mahometana.»

La estancia de Colón en la ciudad salmantina, á que antes hicimos referencia, ha

servido también á ciertos autores extranjeros para robustecer los errores de la leyenda colombina respecto á las vicisitudes porque pasó el proyecto del marino de Génova; la famosa, pero supuesta discusión de éste con los sabios de aquella célebre Universidad. Cuanto se ha asegurado de haber tenido entonces al mismo por iluso y falto de razón, es una fábula. Acaso algunos pudieron confundir las conferencias que tuvo en la ciudad citada con los religiosos dominicos en la junta celebrada en Córdoba, donde tuvo adversos pareceres, y de la que da tan sinceramente cuenta el apóstol de las Indias, Fray Bartolomé de las Casas. No fué en aquel centro docente de tan universal y sostenida fama por la ciencia de sus maestros, donde fué rechazado el pensamiento de Colón. Vano es que algunos hayan pretendido calificar á éstos de hombres poseídos de preocupaciones y dominados de la ignorancia por deprimir á las eminencias del saber en nuestra nación y en aquella época. Los resultados de las conferencias que celebró el futuro descubridor, en Salamanca y en el expresado convento de San Esteban, donde tan afectuosa acogida se le dispensó, y la que entonces obtuvo de Fray Diego de Deza, varón de saber y catedrático de aquella Universidad, le fueron en extremo favorables al éxito de sus pretensiones; á tal punto, que el mismo Colón confiesa que la protección del último «fué causa que S. A. hubiesen las Indias», añadiendo en otro lugar estas frases inspiradas por la gratitud: «siempre desde que yo vine á Castilla, me ha favorecido y deseado mi honra.»

Tenidas por tan seguras las quiméricas conferencias de la Universidad de Salamanca, no es mucho que aquellos historiadores que no suelen profundizar mucho la materia de que tratan y sólo se fían de lo que otros le dan como cierto, hayan insistido en sostener tal supuesto con fines más ó menos intencionados. Véase de qué manera dejó correr su pluma, fiándose con exceso en lo así asegurado sobre el Consejo reunido en Salamanca para examinar el proyecto de Colón, el ilustre Lamartine; quien como biógrafo del insigne navegante es en ocasiones, más el poeta de sentimiento como sabía serlo tan excelente, que el frío narrador de sucesos históricos.

«La Inquisición, policía sacerdotal, dice, vigilaba, alcanzaba y hería hasta en derredor del trono, todo aquello que llevaba el sello de herejía. El Rey había agregado á este Consejo profesores de astronomía, de geografía, de matemáticas y de todas las ciencias estudiadas en Salamanca. Este auditorio no intimidaba á Colón; lisonjeábase en ser juzgado en él por sus pares; no lo fué sino por sus ignorantes despreciadores, los frailes y los supuestos sabios, convencidos anticipadamente de que toda teoría que fuere más allá de su ignorancia ó su rutina, no era más que el sueño de un espíritu enfermo ó soberbio; no vieron en el obscuro extranjero más que un aventurero que buscaba la fortuna á pretexto de sus quimeras. Nadie se dignó secundarle, á excepción de dos ó tres religiosos del convento de San Esteban de Salamanca, frailes oscuros y sin autoridad, que se entregaban en su claustro á estudios despreciados por el alto clero.»

Tal es el tono que por costumbre han solido emplear los biógrafos de Colón de

otros países, haciendo parecer siempre al nuestro como perseguidor más bien que patrocinador de la idea que sólo en éste tuvo acogida, á pesar de los maestros superiores en toda ciencia que pudieron existir á la sazón en los suyos respectivos. No así ha tratado este asunto D. Martín Fernández de Navarrete, quien, refiriéndose á los dominicanos de San Esteban, dice: «apoyando sus opiniones, lograron se conformaran con ellas, los monjes letrados de aquella escuela.»

De sentir es que no tanto los equivocados conceptos de aquellos inexactos narradores, sino los que se hayan traducido á nuestro idioma sin protesta alguna, estén tan propagados, aunque cuantas acusaciones sobre este punto se han hecho á nuestra patria, una y cien veces repetidas, han sido fácilmente deshechas.

No ha faltado un autor, célebre como novelista, que en una obra de este género de carácter histórico, titulada *Cristóbal Colón*, haya puesto en labios de un personaje que resulta grotesco, y á quien llama Arzobispo de Granada, tipo de la ignorancia, el fanatismo y la vanidad, las irónicas palabras siguientes: «¿Qué decir, nobles señores de las modestas pretensiones del Sr. Cristóbal Colón, del célebre navegante que ha confundido á los sabios de Salamanca? ¿No son de tal especie que serían aceptadas por sus Altezas con reconocimiento y puestos de rodillas?»

Tal es el concepto de Fenimore Cooper de la ilustración española en tiempos en que nuestra nación señalaba sus rumbos á la inteligencia. Verdad es que tal propensión á deprimir y apocar las glorias del Estado que comprendió lo que otros no supieron comprender, llegó á extremarse hasta la caricatura satírica como la del famoso huevo roto por Colón.

Para que se juzgue cuán acordes han estado, tal vez por copiarse unos á otros, algunos apreciadores extranjeros sobre este episodio, y cómo han dado por cosa indudable la ignorancia de los tenidos por doctos en nuestra nación, basta con lo dicho; y en cuanto al desdén con que se ha supuesto fué mirado el célebre navegante, recuérdese lo que afirma el historiador César Cantú: «Aunque no hubo preocupación que no se declarase en contra de Colón y aunque él no explicó su pensamiento extensamente por temor de verle de nuevo usurpado, muchos opinaron que era algo más que un soñador. Pero si nada fué reprobado, nada en cambio le valió sostenerle.»

No hemos de traer nuevas citas para comprobar la injusticia de los unos y la defensa de los otros del buen nombre patrio, pero sí recordaremos las palabras del distinguido literato, D. Antonio Gil y Zárate, acerca de uno de los más interesantes preliminares del descubrimiento del Nuevo Mundo. «¡Extraña aberración! dice. Los mismos pueblos que desecharon por ignorancia de los buenos principios geográficos las proposiciones de Colón, han echado en cara esta ignominia al único que acogió y llevó á cabo la empresa, y han tratado de denigrar por ello, la buena opinión de una célebre escuela donde, cuando menos se hallaron maestros capaces de comprender la grande obra del célebre descubridor, y con la fuerza de ánimo que tan poderosamente contribuyó á que una Reina esclarecida la adoptara en momentos de suma escasez y penuria.»

Creemos haber evidenciado con la autoridad de escritores entendidos, en cuanto se refiere á los hechos del descubrimiento del continente americano, cómo fué acogido en España el pensamiento de Colón. Mientras más se estudie este punto histórico en que tanta honra cabe á nuestra patria, más indiscutible llegará á ser que en ella encontró el célebre navegante poderosos valedores, auxilio, protección y estímulo para no desmayar en sus propósitos hasta el feliz momento en que sus carabelas, en nombre de Dios, con la enseña de Castilla y gentes españolas de ánimo esforzado, levaron ancla para aventurarse en las olas de un mar desconocido.

ANGEL LASSO DE LA VEGA

